

# LUNA Y EL ABRAZO DE LAS NUBES

Carla Llamas Risueño, 2º ESO-A

Conocí a Luna un día de nieve. En medio del invierno más frío que el pueblo había vivido en muchas décadas, caminando a duras penas entre los montones de hielo que se acumulaban en las estrechas calles, intentando volver a mi casa para sentarme junto al fuego después de una mañana gélida en mi primer año de Bachillerato. Odiaba el invierno con todo mi ser, no soportaba los resfriados, el viento y mis pies fríos entre la nieve. Prefería mil veces el verano, en la playa con un buen granizado. Pero eso fue antes de conocerla a ella, claro. Ella me enseñó a amarlo.

Llegué a una calle más ancha, me faltaba el aire del esfuerzo, cuando la vi por primera vez. Estaba sentada en la parada de autobús, y sus ojos estaban cerrados. “¿Cómo puede haberse dormido sin más, con el frío que hace?”, fue lo primero que pensé. Era obvio que se iba a resfriar, su nariz estaba enrojeciendo y hasta sus largas pestañas parecían cubiertas de nieve. Su piel, pálida como la luna llena, se camuflaba con los copos que caían sobre su pelo castaño. Mis pies se movieron y me senté junto a ella instintivamente. Sus ojos siguieron cerrados. Me dio pena despertarla y quise irme de ahí para alejarme del frío, pero si la dejaba ahí corría el riesgo de quedar sepultada bajo la nieve.

*-Eh, despierta, vas a pillar un catarro- dije mientras sacudía su brazo. Me llevó por lo menos tres minutos hacer que abriera los ojos.*

*-"Qué dormilona es esta chica"-.*

Estaba empezando a sacar el móvil para llamar a la ambulancia, cuando se revolvió en su asiento.

*-¡Ay! Perdona, ¿ya ha salido el bus de las cinco y media?-* Su mirada azul se encontró con la mía durante un segundo, hasta que se frotó los ojos adormilados con sus nudillos. Me pareció una escena bastante infantil y ridícula, no me podía creer su actitud. Miró a su alrededor tranquilamente, como intentando acordarse de dónde estaba.

*-¿Es que no tienes frío? -* Pregunté incrédulo y tiritando. Me miró y amplió su sonrisa, ¿pero qué le pasaba?

*-¡Claro! Mira, mis manos están heladas.-* Su mano rozó mi mano y supe que tenía razón, la aparté rápidamente. Se rio negando con la cabeza, apartando sus grandes ojos de mí y posándolos sobre su reloj. Se levantó al ver que había perdido el autobús, y empezó a sacudir su ropa, que estaba cubierta de nieve. Fue inútil, se había empapado entera. Pero de nuevo, le dio igual y siguió sonriendo.

*-Oye, ¿has bebido o algo?-* Logré vocalizar, mis dientes castañeaban cada vez más. Se carcajeó y volvió a negar.

*-¡Qué va! ¿Por qué lo dices? –* Antes de que pudiera responder, añadió despreocupadamente:

*- Pareces un cubito de hielo, te vas a resfriar, ¿sabes?*

Abrí mis ojos impactado, ¿en serio me estaba diciendo eso?

*-Te dejaría mi chaqueta, pero está mojada, lo siento. –* Y sonrió otra vez, como si nada. Me levanté.

*-Gracias, estoy bien. Tú sí que necesitas una chaqueta, anda, toma.-* Le di la mía. Me arrepentí al instante al sentir mis huesos entumecerse del frío. La chica no la rechazó, me dio las gracias y se la puso sin pensarlo. Qué descarada. Fruncí el ceño sin querer, pero no se dio cuenta.

*-Así que, Dani, ¿no te gusta mucho el invierno, eh? No me mires así, pone el nombre en la chapa de tu mochila. Yo soy Luna, por si te interesa.*

En aquel momento solo me interesaba volver a mi casa. Me encogí de hombros.

*-Eres muy serio, Dani.*

*-Cuando estoy a menos diez grados después de clases, sí.*

*-¡Ah! ¿Y a qué curso vas? ¿Por dónde está tu casa? Mejor vayamos juntos, por si morimos congelados que no sea a solas, ya sabes.-* Bromeó.

Qué irónico suena eso ahora.

El resto del camino fue de todo menos silencioso. Luna no dejó de hablar y yo respondía a sus preguntas. No esperaba que tuviera mi edad, pero así era. Llegamos a una casa de colores oscuros que resultaba ser la suya. No le pegaba nada, parecía un cuadro verla entrar en ese edificio negro y seco con sus prendas coloridas y empapadas, mientras se despedía con énfasis y sonreía como era habitual en ella. Pensaba en aquel momento que no la volvería a ver.

Pero, unos días más tarde, estaba almorzando en la cafetería del instituto, que tenía vistas al exterior, cuando la vi pasar corriendo por la calle. Su pelo se alborotaba por el viento y ni siquiera llevaba una chaqueta. Suspiré exasperado, ¿era su costumbre ir por ahí expuesta al frío?

Salí mientras ella paraba a recobrar el ritmo normal de respiración, y es que con Luna todo pasó tan rápido. Como en una carrera, no paró hasta el final. Sucedió sin que tuviera tiempo de asimilarlo, y cuando lo hice fue demasiado tarde. Pero no nos adelantemos a los hechos.

*-¿Qué haces aquí, no tendrías que estar en tu instituto? –* Inicié. Me había dicho que iba al instituto que estaba a unas calles del mío.

-¡Dani! – Gritó sonriendo. Siempre montaba un escándalo, allá donde iba. – *Ya, buenooo... Resulta que mi despertador no ha sonado esta mañana y me he dormido... Juro que nunca me volverá a pasar.* – Me dijo como si tuviera que justificarse. No parecía nada avergonzada, pero sí un poco culpable.

-¿Cómo puedes dormir tanto? Son casi las doce y media, Luna. – Rodé los ojos.

-*Mis sueños son interesantes. No como los tuyos, parece que no tienes, pero tranquilo, es normal.* – Por alguna razón, su comentario me ofendió. Pero no dije nada, su tono calmado me intrigaba.

-Llegarás tarde.

-*Ya he llegado tarde. Es la hora del recreo, además, así hablo contigo. ¿Me traes un café?*

Y me arrastró hasta la mesa más cercana. No me esforzaba en ocultar mi expresión de alucinado, y ella sólo reía ante mis gestos. En algún momento, su risa se me contagiaba.

Varios días eran los que ella me sorprendía viniendo a mi instituto para pasar el recreo conmigo.

Yo no tenía muchos amigos, los pocos que me hablaban en mi clase eran solo compañeros. Me consideraba una persona seria, introvertida, realista e independiente. Luna era completamente opuesta. Era alegre, creativa, escandalosa, olvidadiza. Lo único que compartíamos era que éramos observadores, claro que yo lo veía casi todo aburrido o normal, y ella lo veía todo extraordinario y maravilloso. Cada día me recordaba lo bonito que era el cielo, los árboles y la nieve.

Nos veíamos por la tarde, para volver a casa. La encontraba en panaderías y supermercados, la biblioteca, el parque. Era como si un hilo nos uniera y cada vez se hacía más corto. Al estar con ella, me di cuenta de lo poco que miramos a nuestro alrededor y lo poco que lo apreciamos. Y empecé a hacerlo, ella hizo que me gustara la nieve.

-*Es preciosa, ¿no crees? Es una pena que pronto se irá.* – Me dijo un día a principios de marzo.

-¿La nieve? No sé, a mi me parece muy fría y básica. Es solo hielo.

-¿SOLO hielo? ¡Mira cómo brilla! Además, son nubes que han bajado al suelo. Y los niños se lo pasan en grande con ella. ¡Es un regalo! Y cuando se deshace, las calles parecen vacías. Pero sabes que aparecerá el siguiente invierno.

Su entusiasmo siempre me hacía sonreír.

En invierno amaba la nieve y danzaba con el viento.

En primavera, admiraba las flores y los frutos de los árboles.

En verano, idealizaba el sol y la arena de la playa.

En otoño, adoraba las hojas que, según ella, se teñían de los colores del atardecer.

En un año a su lado, había aprendido a querer el mundo y también que Luna era una persona extraordinaria. Como un círculo en medio de un mundo cuadrulado, una pincelada de color en medio de la noche. Amaba las estrellas, y la Luna.

-*Tener su nombre me llena de orgullo. Es un honor, la verdad. Es la madre de la noche, la hace brillante.* – Solía decir.

Éramos dos gotas de agua, una congelada y una que hervía. Pero ella logró que yo me derritiera un poco.

Y, sin esperarlo, pasé un año a su lado. Una semana antes de que se hiciera un año desde aquel día que la desperté, me sugirió que fuéramos a las montañas.

-*Déjame adivinar, quieres ver más nieve sin que las casas se pongan en tu camino, ¿verdad?* – Le dije riendo.

-*¡Exacto! Podemos ir este finde, y la exploramos. Con mochilas y esas cosas de las pelis. Será increíble.*

-*Para ti todo es increíble, Luna.*

-*Porque lo es, querido Dani.* – Me sonrió y sus ojos se achinaron como hacía siempre. Sus ojos eran lagunas de agua cristalina. Los míos eran oscuros a la sombra, claros al sol. Los suyos siempre brillaban.

Me deslumbraba. Como la nieve.

Ese viernes nos dirigimos a la montaña más cercana. Dormimos en una cabaña muy acogedora que nos alquiló una anciana, y a la mañana siguiente salimos a caminar. Íbamos bien equipados, con mochilas y ropa muy abrigada.

Pasamos toda la mañana haciendo fotos y peleas de bolas de nieve, reíamos como si no hubiera un mañana.

Y es que no lo habría.

Nos sentamos en una gran roca a comernos los bocadillos, mientras hablábamos de alguna cosa, y cuando menos lo esperamos, una ventisca invadió la montaña.

En cuestión de minutos, no podíamos ver nada, el viento nos parecía querer lanzar por los aires.

-¡Dani! – La oí gritar a mi espalda. Mi corazón paró por unos momentos. Se había caído. Los trozos de hielo golpeaban mi cara con fuerza, sentí cómo me arañaban.

-¿Estás bien? – Grite por encima del ruido del viento.

-*¡Sí, pero me he hecho daño en la pierna! ¡Ayúdame a levantarme!*

Como pude, la levanté del suelo y vi que su pierna sangraba. Le susurraba que no se preocupara, que la curaría y que llamaríamos a alguien.

Pero nuestros móviles no tenían cobertura, ni batería. La nieve nos cubría casi hasta la cintura, me aferré a ella dispuesto a sacarla de ahí. Le puse mi chaqueta, saqué las mantas y se las puse sobre los hombros.

Caminamos pero no veíamos, el frío nos calaba los huesos, y el viento nos había robado las gorras y los guantes. No vimos el escalón, caímos rendidos al suelo. Intenté moverme, pero los músculos no me respondían.

Nuestros ojos se encontraron, y por primera vez, vi miedo y preocupación en el azul de su mirada. Pero, aún así, sonrió. Nuestros labios estaban morados y los dientes nos castañeaban sin cesar.

*-Dani, hemos caído en... las nubes...* - Me dijo sin borrar la sonrisa. Yo se la devolví mientras mis ojos lloraban, mientras la nieve se acumulaba a nuestro lado, mientras recordaba todas y cada una de sus risas. Reímos juntos.

*-Luna, no te duermas...* - Le di un golpe con mi frente, estaba cerrando los ojos. No podía soportarlo, quería salvarla, quería volver a caminar a su lado por las calles. No podía ser.

*-Supongo que llegaré tarde a clase el lunes...*- Intentó reír, pero el hielo le cortaba los labios. Hice un esfuerzo, la rodeé con mis brazos.

*-Te quiero Luna, no te dejaré sola nunca, ¿vale?*- Susurré con la voz entrecortada.

*-Yo también. No llores Dani, piensa que las nubes nos están abrazando.*

Mis lágrimas se congelaron en las mejillas, y sentí la nieve sepultándonos en la montaña. Recordé su mirada fascinada ante las nubes, y morí feliz. Feliz de haber tenido la suerte de tenerla a mi lado, de haber visto su sonrisa tantas veces, de irme del mundo con ella y en las nubes.

Luna era una persona que amaba con fuerza, y eso la hacía hermosa. Y los dos dejamos la Tierra con una sonrisa, porque estábamos en las nubes, juntos.

Y al cerrar los ojos, me alegré de haberla despertado aquel día, de haberle dejado mi chaqueta, de haberla acompañado hasta su casa. De que el invierno fuera frío y la nieve blanca, de que las flores existieran, de que el sol cegara, de que las hojas cayeran.